

Polibio, Fabio Píctor y el origen del etnónimo “celtíberos”

Julián PELEGRÍN CAMPO

Departamento de Didáctica de las Lenguas
y de las Ciencias Humanas y Sociales
Universidad de Zaragoza
jpelegri@unizar.es

RESUMEN

Un examen pormenorizado de las *Historias* de Polibio nos permite situar en los *Annales* griegos de Fabio Píctor el origen del nombre “celtíberos”, un término compuesto creado por el primer historiador romano a partir de las semejanzas existentes entre los celtas invasores de Italia y los “celtas de Iberia” –pues éste es el significado de Κελτίβηρες– que sucesivamente combatieron como mercenarios al lado de los romanos, los cartagineses y diversos pueblos ibéricos durante la Guerra de Aníbal y las primeras décadas de la conquista romana de Hispania.

Palabras clave: Polibio, Fabio Píctor, celtíberos, etnónimos, bilingüismo, mercenarios, Segunda Guerra Púnica.

ABSTRACT

A close examination of Polybius' *Histories* points to the Greek *Annales* of Fabius Pictor as the origin of the name “Celtiberians”, a composed word created by the first Roman historian on the base of the similarities between the Celts invading Italy and the “Celts of Iberia” –this is the meaning of Κελτίβηρες–, which successively fought as mercenaries beside the Romans, the Carthaginians and diverse Iberian peoples during the Hannibalic War and the first decades of the Roman conquest of Hispania.

Key Words: Polybius, Fabius Pictor, Celtiberians, ethnic names, bilingualism, mercenaries, Second Punic War.

La noción de etnónimo ha sido definida por Untermann como el nombre común y exclusivo utilizado para designar a una agrupación humana formada por hombres, mujeres y niños que conviven en una comunidad económica y de domicilio, y definida por unos rasgos persistentes –de carácter geográfico, social, religioso o político– que la distinguen respecto de otros grupos coetáneos¹. Dicha denominación puede tener su origen en la propia comunidad, la cual se dota a sí misma de un nombre que

¹ J. Untermann, “Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica”, en M. Almagro Gorbea, G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3)*, Madrid, 1992, pp. 19-33, 19-20.

le permite reforzar y proclamar su idiosincrasia ante la necesidad de definirse frente a otras comunidades vecinas ya sea bajo una forma autónoma no derivada que exprese el significado “el pueblo”, en función de algún símbolo mágico o tótem, o a partir de un nombre propio que remite a un antepasado mítico o al marco geográfico en el que se desenvuelve ese grupo humano —un asentamiento, un río, una región—, pero siempre desde una percepción positiva del propio grupo². En ese sentido un caso extremo se halla representado por aquellos grupos ubicados en épocas, espacios y culturas muy diferentes que, a la hora de darse un nombre a sí mismos, se arrogan en exclusiva la condición humana y adoptan etnónimos cuya traducción coincide literalmente con la expresión “los hombres”, lo que supone la exclusión de la categoría de ser humano de todos los demás grupos y la consiguiente percepción de los mismos en tanto que infra-humanos³. Porque la definición del propio grupo frente a los demás implica simultáneamente la de esos otros grupos por parte de aquél, y es en el marco de esa identificación donde nacen las denominaciones destinadas a dar nombre a esas comunidades.

Cuando una comunidad construye un etnónimo para dar nombre a otra, la designación resultante refleja la percepción subjetiva desde la que el primer grupo contempla al segundo en función de las circunstancias que presiden su encuentro y posterior contacto con él. A menudo un etnónimo exógeno se construye sobre la base de la percepción de un rasgo meramente descriptivo considerado por el observador como característico del grupo observado, y así la apariencia física, las formas de vida o el hábitat de determinados grupos humanos impulsaron a otros grupos a designarlos como “pictos” (del latín *picti*, “pintados”), “cosacos” (del quirguiz *kasak*, “jinete”) o “bosquimanos” (del afrikaans *boschjesman*, “hombre del bosque”)⁴. Sin embargo, y precisamente como resultado de las circunstancias que pre-

² Untermann, 1992, 20. Como “el pueblo” se han denominado a sí mismas a lo largo de la historia poblaciones tan diversas como los teutones en Europa, los tártaros en Asia, los kiowa en América del Norte y los tupí en América del Sur, por citar sólo algunos casos. De un modo igualmente positivo, en Norteamérica los hopis se autodenominan *hopitu*, “pacíficos”, y los wakash *waukash*, “bueno”, mientras que los pobladores de la antigua Siam se dieron a sí mismos el nombre de *thai*, “libres”. Vid. al respecto S. Losique, *Dictionnaire étymologique des noms de pays et de peuples*, París, 1971, s.vv.

³ Así se advierte entre los antiguos egipcios y en la China Han, y posteriormente con los alamanes, jutos, magiares (de la probable combinación del ugro *mag* y el turco *yar*, ambos con el mismo significado de “hombre”), guanches de las Canarias, datoga del norte de Tanzania, nenets de Siberia noroccidental, ainos de Japón, canacos de Nueva Caledonia, cheyennes de América del Norte y yanomami de América del Sur, e incluso en el caso de nómadas como los romaníes y los inuit, más conocidos como gitanos y esquimales respectivamente. Vid. M. Squillacciotti, “L’Io, il diverso e l’altro nella cultura dei Cuna del Panamá”, en M. Bettini (ed.), *Lo straniero ovvero l’identità culturale a confronto*, Bari, 1992, pp. 137-153, 137-138; P. G. Solinas, “Identità etnica: ‘noi’ e ‘non-noi’”, en M. Squillacciotti (ed.), *America: cinque secoli dalla conquista*, Siena, 1992, pp. 9-19.

⁴ Vid. las diferentes entradas en Losique, 1971, así como en el *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1994²¹. La denominación helénica νομάδες, utilizada para definir la condición ambulante de ciertas gentes vecinas de Cirene por oposición a los ἀροτῆρες o agricultores sedentarios, se convirtió, tal vez ya a finales del siglo V pero sin duda durante el IV, en el etnónimo Νομάδες con el que los griegos designaron a poblaciones establecidas al oeste de Cartago a las que cabría identificar con las primeras, y de ese mismo Νομάδες, conocido por los romanos cuando ya había perdido su significado originario, derivó el latino *Numidae*, A. Luisi, “Νομάδες e *Numidae*. Caratterizzazione etnica di un popolo”, en M. Sordi (ed.), *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell’ antichità*, Milán, 1979, pp. 57-64 [Nota: Todas las fechas deben ubicarse antes de Cristo si no se indica lo contrario].

siden el contacto entre dos comunidades, a menudo una de ellas da nombre a la segunda sobre la base de una caracterización peyorativa de esta última, de ahí el significado “enemigos” de etnónimos exógenos como “apache” y “sioux”, o las connotaciones negativas que encierran otros como “beréber”, “chichimeca” y “cafre” –“bárbaro”, “perro sucio” o “del linaje de perros”, e “infiel” o “incrédulo” respectivamente⁵–, y el consiguiente contraste que en ocasiones se advierte entre el nombre que una determinada comunidad construye para referirse a sí misma y el que una segunda comunidad construye para referirse a aquélla⁶.

En el caso de los etnónimos por los que conocemos a los pueblos indígenas de la Península Ibérica durante la Antigüedad, aunque la gran mayoría de ellos nos han sido transmitidos por las fuentes griegas y latinas, se trata casi en su totalidad de denominaciones endógenas⁷. De hecho, si aceptamos la posibilidad según la cual el término griego Κελτικοί y el latino *Celtici* reproducirían un etnónimo indígena derivado de una base *kelt- con el que los grupos hispanos así denominados se habrían designado a sí mismos, entre los pueblos peninsulares antiguos más importantes el único que porta una denominación evidentemente exógena es el de los celtíberos⁸.

El término “celtíberos” aparece en las fuentes clásicas bajo las formas griega Κελτίβηρες y latina *Celtiberi*, de las cuales esta última demuestra ser la más reciente por hallarse construida como una traslación literal –que no traducción– de la primera⁹. Autores clásicos como Diodoro y Apiano explicaron el carácter compuesto

⁵ Los zuñí, agricultores del grupo Pueblo asentados en la zona fronteriza entre Estados Unidos y Méjico, designaron con el término “apache” a los invasores que hacia el siglo XIV d.C. llegaron desde el Norte. “Sioux” procede de la abreviatura de *nadowessioioux*, corrupción francesa del término chippewa *nadowe-is-iw*, “enemigo” y “serpiente de cascabel”. “Beréber” deriva del árabe *barbar*, y éste a su vez del griego βάρβαρος, o del latín *barbarus*, “bárbaro”. Con el término “chichimeca” los pueblos nahua de la región central de Méjico designaban a los nómadas del norte del país, a los que consideraban bárbaros y salvajes. “Cafre”, del árabe *kafir*, fue aplicado por los musulmanes a los nativos del África austral no creyentes –así como a los del Nuristán o “Kafiristán”, región situada al nordeste de Afganistán, en la vertiente meridional del Hindu-Kush–, y aunque posteriormente designó a los indígenas de la región oriental de Sudáfrica, por otra parte derivó en sinónimo de “bárbaro” y “cruel”. Vid. Losique, 1971, s.vv.

⁶ Los inuit y los datoga, que, como hemos visto, se daban a sí mismos la denominación exclusiva “los hombres”, fueron designados por otros pueblos como “devoradores de carne cruda” (“esquimales”, del término abenagués *eskimantik*) y “enemigos” (*mangati*, por sus vecinos masai) respectivamente, mientras que los sioux, “enemigos” según los chippewa, se dieron a sí mismos la denominación *lakota*, “aliados”, en su calidad de integrantes de una confederación de pueblos; vid. Losique, 1971, s.vv.; Squillacciotti, 1992, pp. 137-138.

⁷ Untermann, 1992, *passim*.

⁸ Posiblemente la única otra denominación exógena de un pueblo peninsular se halle representada por los Καστελλανοί citados por Ptolomeo (II 6, 70), derivada sin duda del latín *castellum*. Sobre la mencionada hipótesis, vid. J. Untermann, “La toponimia antigua como fuente de las lenguas hispano-célticas”, *Pal-Hisp* 1, 2001, pp. 187-218, 207-208. Significativamente, César señalaba que los habitantes de la Galia central “en su lengua se llaman celtas, en la nuestra galos” (*BG* I 1, 1: *qui ipsorum lingua Celtae, nostra Galli appellantur*). Cf., por contra, X. Ballester, “Sobre el etnónimo de los gálatas (y de los celtas)”, *Gerión* 20.1, 2002, pp. 307-314, que interpreta el término a partir del indoeuropeo *galatai, “los del extremo”, de *gala, “extremo”, “límite”, y *tai, “los”, “ellos”, “estos”.

⁹ Conviene recordar que la forma latina *Celtiberi* constituye la transcripción literal del griego Κελτίβηρες y no su traducción, la cual a su vez aparece plasmada tardíamente en el compuesto *Gallohispani* identificado en la obra de Jerónimo bajo la referencia literal “Comentario a Isaías’ (XVIII, 66, 9)” por L.

del etnónimo Κελτίβηρες en función de la hipótesis según la cual estas gentes habrían resultado de la mezcla de dos pueblos, Κελτοί e Ἴβηρες, y, desde una perspectiva que plantea en términos puramente culturales la mezcla expresada en términos étnicos por dichos autores, diversos investigadores modernos han puesto en relación las formulaciones expuestas por aquéllos con una supuesta percepción que del carácter culturalmente mixto de los celtíberos habrían demostrado los autores clásicos¹⁰. Sin embargo, el paralelismo existente entre el término “celtíberos” y compuestos semejantes como “celtoligures” o “celtoescitas” demuestra que, si bien el primer elemento posee un carácter étnico manifiesto que remite en los tres casos al ámbito céltico, por contra el segundo evidencia un carácter geográfico que sitúa a las gentes así denominadas en un contexto espacial determinado, todo lo cual convierte a Κελτίβηρες en un compuesto formado a partir de la combinación de dos términos griegos, el etnónimo Κελτοί y el topónimo Ἴβηρία, para designar a los “celtas de Iberia”¹¹. Con todo, en su afán por demostrar que los celtíberos no eran “celtas en territorio de iberos” sino “iberos en territorio de celtas”, Schulten procedió a intercambiar las perspectivas desde las que deben ser interpretados los elementos que forman el compuesto y atribuyó la invención del mismo a Timeo de Tauromenio argumentando que hasta el más famoso de los historiadores siciliotas se remontarían asimismo compuestos tales como Ἐλληνογαλάται y Κελτοσκήθαι, en todos los cuales el erudito alemán identificaba el primer elemento del etnónimo como un indicador geográfico y el segundo como un indicador étnico¹². Y precisamente su mención junto al etnónimo Κελτοσκήθαι en un pasaje de la *Geografía* de

Pérez Vilatela, “Dos versiones contradictorias antiguas sobre la etnogénesis celtibérica”, *II Congreso Peninsular de História Antiga. Actas*, Coimbra, 1993, pp. 363-373, 365, y por F. Burillo, *Los celtíberos. Etnias y estados*, Barcelona, 1998, p. 52 y n. 152, si bien dicha referencia es incorrecta y debe ser sustituida por XVIII 66, 19, tal como se comprueba en M. Adriaen, *Sancti Hieronymi presbyteri opera, pars I, 2 A: Commentariorum in Esaïam Libri XII-XVIII. In Esaïa parvula adabbreviatio (Corpus Christianorum, Serie Latina, LXXIII A)*, Turnhout, 1963.

¹⁰ D.S. V 33, 1; App., *Hisp.* 2. Cf. Luc. IV 9-10; Mart. IV 55; Sil. III 340. J. Untermann, “Los Celtíberos y sus vecinos occidentales”, *Lletres Asturianas* 13, 1984, pp. 6-26, 20 y 25. F. Beltrán considera que el carácter mixto de la cultura de este pueblo, “a la vez celta e ibero”, habría determinado el nacimiento del etnónimo “celtíbero” como término erudito, F. Beltrán Lloris, “Los celtíberos y su historia”, en G. Fatás et al., *Los celtas en el valle medio del Ebro*, Zaragoza, 1989, pp. 133-154, 136. Vid. asimismo P. Ciprés, *Guerria y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Vitoria, 1993 (= Ciprés, 1993 a), p. 57, y A. J. Lorrio, *Los celtíberos*, Alicante, 1997, pp. 36-37.

¹¹ M. Koch, “Die Keltiberer und ihr historischer Kontext”, *Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1979, pp. 387-419, 397; A. J. Domínguez Monedero, “Los términos ‘Iberia’ e ‘iberos’ en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación”, *Lucentum* 2, 1983, pp. 203-224, 211; F. Marco Simón, *Los Celtas*, Madrid, 1990, p. 98; F. Villar, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa. Lenguaje e Historia*, Madrid, 1991, p. 443.

¹² A. Schulten, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen, Band I. Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914, pp. 92 ss. y 249; A. Tovar, *Iberische Landeskunde, II. Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania, 3. Tarraconensis*, Baden-Baden, 1989, p. 82; Pérez Vilatela, 1993, pp. 368-373; Burillo, 1998, pp. 72-74. También E. Hübner (*RE* III.2, 1899, s.v. *Celtiberi*, cols. 1886-1892) relacionó la introducción del término Κελτίβηρες con Timeo, a quien el citado autor atribuyó asimismo la mención más antigua del término “celtoligures” (Ps.Arist., *Mir.* 85 [837 a 8]), hipótesis esta última compartida por F. Lasserre, *Strabon. Géographie. Tome II (Livres III-IV)*, París, 1966, p. 218 (ref. a n. 2 de p. 172) a propósito de los celtoligures citados en Str. IV 6, 3.

Estrabón precedido por una alusión explícita a Éforo de Cumas fue la razón por la que otros autores prefirieron atribuir a este último el origen del término Κελτίβηρες aun cuando la alusión estraboniana a Éforo no está directamente relacionada con la introducción de nombres compuestos como “celtíberos” y “celtoescitas”, sino que figura en el marco más amplio de la defensa del valor geográfico de la obra de Homero por parte del autor de Amasia frente a las críticas emitidas por Crates y Aristarco de Samos¹³.

Recientemente Capalvo ha retomado la hipótesis formulada un siglo antes por D’Arbois de Jubainville según la cual los términos “celtíberos” y “Celtiberia” habrían sido creados por Fabio Píctor¹⁴. Teniendo en cuenta que las primeras alusiones a los celtíberos en las fuentes literarias aparecen en el contexto definido por el enfrentamiento entre Roma y Cartago durante la Segunda Guerra Púnica, y que tales informaciones nos han sido transmitidas por autores posteriores que, a su vez, las tomaron directa o indirectamente de otros contemporáneos de los sucesos narrados, Capalvo ha constatado cómo las noticias procedentes en última instancia de las obras redactadas por historiadores griegos filopúnicos –así las relativas a las actividades desarrolladas por los cartagineses en la Península Ibérica con anterioridad al estallido de la Guerra de Aníbal– nunca se refieren a los celtas de Iberia con el etnónimo Κελτίβηρες sino con el de Κελτοί, de donde dicho autor deduce que tales historiadores “no habrían utilizado el concepto ‘κελτίβηρ’ para designar a κελτοί hispanos”¹⁵. A partir de ahí, Capalvo sitúa el origen del término “celtíberos” en el marco de la historiografía filorromana contemporánea de la Guerra de Aníbal –representada por autores romanos como L. Cincio Alimento y, sobre todo, Q. Fabio Píctor¹⁶– y, para confirmar esta hipótesis, recurre a la descripción de la batalla de Cannas tal como es transmitida por tres autores distintos –Polibio, Livio y Apiano– por considerarla “el ejemplo más claro” de la diferencia existente entre las versiones que la narración de un mismo suceso puede adoptar en función del recurso a una fuente de información filorromana que hubiese utilizado el etnónimo Κελτίβηρες, o a una fuente filopúnica en la que nunca habría figurado dicho término, para concluir afirmando que el relato de Apiano, el único que menciona la partici-

¹³ Str. I 2, 27. Aujac identifica a Éforo como “l’inventeur des dénominations célèbres celtibères et celtoscythes” y considera que en este punto dicho autor es citado por Estrabón a través de Poseidonio, G. Aujac, *Strabon. Géographie. Tome I (Livre I)*, París, 1969, p. 195 (ref. a n. 4 de p. 118); muy de cerca le sigue en su edición castellana J. L. García Ramón, *Estrabón. Geografía. Libros I-II*, Madrid, 1991, p. 296, n. 274.

¹⁴ “Celtibérie ... nom, qui paraît de fabrication grecque et qui a peut-être été inventé par Fabius Pictor”, H. D’Arbois de Jubainville, “Les Celtes en Espagne (premier article)”, *RCel* 14, 1893, pp. 357-395, 382. Sobre esta hipótesis, vid. Á. Capalvo, *Celtiberia. Un estudio de fuentes literarias antiguas*, Zaragoza, 1996, pp. 19-24.

¹⁵ Capalvo, 1996, p. 20. En la Iberia púnica son designados como Κελτοί Istolacio, “general de los celtas” derrotado por Amílcar (D.S. XXV 10, 1: Ἰστολατίου στρατηγού τῶν Κελτῶν), y el “individuo de origen celta” que asesinó a Asdrúbal (Plb. II 36, 1: ὑπό τινος Κελτοῦ τὸ γένος).

¹⁶ Fabio Píctor escribió su obra histórica en griego (Cic., *Diu.* I 21/43; D.H. I 6, 2) e incluyó en ella la Guerra de Aníbal (App., *Hann.* 27), conflicto en el que participó al menos en la medida en que, tras el desastre de Cannas, fue enviado por el Senado a consultar el oráculo de Delfos (Liv. XXII 57, 5; XXIII 11, 1-6; Plu., *Fab. Max.* 18, 3; App., *Hann.* 27). Cincio Alimento también escribió en griego sobre esa misma guerra (D.H. I 6, 2), durante la cual fue hecho prisionero por los cartagineses (Liv. XXI 38, 3).

pación de celtíberos en los hechos, constituye además la versión más abiertamente antipúnica, razón por la cual debería remontarse a una fuente filorromana contemporánea a los hechos a la que el mismo Capalvo identifica con Fabio Píctor¹⁷.

Sin embargo, nada demuestra que esa fuente haya sido necesariamente la obra de Fabio Píctor. Aunque De Sanctis identificó las fuentes del relato apiáneo de la batalla de Cannas con los analistas antiguos Fabio y Celio sobre la base de la “mezquindad mental” (*mentale grettezza*) con la que aquéllas falsean los hechos históricos al atribuir la derrota romana a un cúmulo de estratagemas nacidas de la perfidia del enemigo antes que al éxito de Aníbal como estrategia, y aun cuando pasajes como la descripción de las condiciones en las que tuvo lugar el retorno de Fabio Píctor desde Delfos podrían sugerir un origen autobiográfico, lo cierto es que, en palabras de Momigliano, a menudo “se atribuye a Fabio aquello que se considera verosímil que Fabio dijo”, cuando en realidad, como ha sentenciado Leidl, “una utilización directa de Fabio Píctor por Apiano no puede ser probada”¹⁸. En consecuencia, que a mediados del siglo II d.C. Apiano mencione el término “celtíberos” en su descripción de la batalla de Cannas lo único que demuestra es que el alejandrino se sirvió de una fuente filorromana, pero no que ésta fuese necesariamente la obra de Fabio. Es más: la conexión entre Apiano, Fabio y el origen del término Κελτίβηρες no parece fácilmente deducible de la comparación entre las narraciones que de un mismo suceso transmiten tres autores diferentes, de los cuales los dos que sin duda se sirvieron de la obra histórica de Fabio Píctor para la redacción de la propia son precisamente los que, en sus correspondientes versiones, no mencionan a los celtíberos¹⁹, mientras que del tercero, el único que los sitúa en ese contexto, ni siquiera sabemos con seguridad si utilizó como fuente al primer historiador romano²⁰. Por todo ello, dada la necesidad de encontrar un argumento más sólido, con-

¹⁷ Capalvo, 1996, p. 23. Polibio atribuye la victoria de Aníbal a la maniobra envolvente de su caballería (III 116, 5-8; 117, 4), y Livio a la deserción simulada de quinientos jinetes nómadas que más tarde traicionan a los romanos (XXII 48), mientras que Apiano enumera una sucesión de estratagemas entre las cuales destaca la mencionada por Livio, si bien en este caso los quinientos jinetes no serían nómadas sino celtíberos (*Hann.* 20 y 22-23). De los demás autores que aluden a esta treta, Valerio Máximo no menciona la etnia a la que pertenecían pero sí la cifra de cuatrocientos (VII 4, ext. 2) y Frontino habla de seiscientos nómadas (II 5, 27), mientras que Floro y Zonaras no recogen su identificación ni tampoco su número (Flor. I 22, 16; Zonar. IX 1).

¹⁸ G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, III.2, Florencia, 1968 (1916), p. 194; A. Momigliano, “Linee per una valutazione di Fabio Pittore”, en *Id.*, *Terzo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, Roma, 1966, pp. 55-68, 56 y 64 (publ. orig. en *RAL* ser. VIII, 25/7-12, 1960, pp. 310-320); Ch. G. Leidl, “Appians ‘Annibaikē’: Aufbau – Darstellungstendenzen – Quellen”, *ANRW* II 34.1, 1993, pp. 428-462, 453.

¹⁹ Polibio menciona a Fabio Píctor como fuente consultada para documentarse acerca de los acontecimientos de la Guerra de Sicilia (I 14-15 y 58, 5) y de la Guerra de Aníbal (III 8-9). Por su parte, Livio recurre a la autoridad de Fabio apelando a su antigüedad como historiador y a su proximidad a algunos de los hechos narrados (I 44, 2; 55, 8; II 40, 10; VIII 30, 9; X 37, 14; XXII 7, 4). Sobre la utilización indirecta de Fabio por Livio, posiblemente a través de Celio Antípater, *vid.* P. G. Walsh, *Livy. His Historical Aims and Methods*, Cambridge, 1970 (1961), pp. 115; 119; 128 y n. 1; B. Kremer, *Das Bild der Kelten bis in augusteische Zeit*, Stuttgart, 1994, pp. 36-37.

²⁰ Aunque es precisamente tras el relato de la batalla de Cannas cuando encontramos la única referencia a Fabio Píctor en lo conservado de los escritos de Apiano, y es en ella donde este último recuerda explícitamente que Fabio “escribió acerca de estos sucesos” (*Hann.* 27), sin embargo el alejandrino no lo introduce en

sideramos preferible plantear la cuestión en el marco privilegiado que nos ofrecen las *Historias* de Polibio, el autor más antiguo entre todos aquellos cuyas obras nos han transmitido las menciones más tempranas del término “celtíberos”, el que por ello se halla cronológicamente más próximo a los primeros acontecimientos conocidos protagonizados por las gentes a las que él mismo así denomina, y el único que, para narrar estos hechos, habría consultado directamente las obras de historiadores contemporáneos a ellos, como eran Fabio Píctor del lado romano y alguno de los autores griegos filopúnicos –muy posiblemente Sileno de Cale Acte– del lado cartaginés²¹.

Algunos estudios recientes centrados en el protagonismo de los celtas en las *Historias* han mostrado un nulo interés por las alusiones polibianas a los celtíberos²². Sin embargo, repasando aquellos pasajes polibianos en los que figuran los términos Κελτίβηρες o Κελτιβηρία y aun teniendo presente en todo momento el carácter fragmentario de lo conservado de las *Historias*, resulta significativo comprobar cómo todos ellos proceden de fuentes de información que narran los hechos desde un punto de vista romano. En primer lugar contamos con tres menciones que pode-

tanto que autor de cuya obra procede determinada información, sino para ubicar su viaje a Delfos entre las medidas adoptadas por el Senado tras el desastre, esto es, recordando su ubicación entre quienes redactaron obras históricas pero mencionándolo exclusivamente en tanto que protagonista de los hechos narrados en ese pasaje en concreto, tal como hace con Rutilio Rufo a propósito de un episodio de la Guerra de Numancia (*Hisp.* 88, mención ésta que no implicaría un conocimiento directo de la obra de dicho autor por parte de Apiano según E. Gabba, “Qualche annotazione su Strabone e Appiano a proposito della Spagna”, en E. Gabba, P. Desideri, S. Roda [eds.], *Italia sul Baetis: studi di storia romana in memoria di F. Gascó*, Turín, 1996, pp. 25-31, 26-27) y con el erudito Varrón en relación con su peripecia durante las proscripciones de los triunviros (*BC* IV 47), y a diferencia de como presenta a Asinio Polión, que figura explícitamente como protagonista y, a la vez, fuente de los acontecimientos narrados por Apiano cuando este último alude a la batalla de Farsalia y a las cifras de bajas habidas en ella (*BC* II 82).

²¹ Sobre Fabio como fuente de Polibio, *vid. supra*, n. 19. Las hazañas de Aníbal fueron narradas por Sileno de Cale Acte y por el espartano Sósilo (Nep., *Hann.* 13, 3), pero aunque las *Historias* sólo citan el nombre del segundo (III 20, 5), la obra de Sileno ha sido considerada por Walbank la fuente que utilizó Polibio para narrar las campañas del Bárcida en Iberia, y todo apunta a que también lo fue del relato de su marcha hacia Italia, dada la conexión existente entre las críticas polibianas hacia quienes le atribuían un guía divino en la travesía de los Alpes (III 48, 7-10) y el sueño de Aníbal recogido en Liv. XXI 22, 6-9, que Cicerón atribuye a Sileno a través de Celio Antípater (Cic., *Diu.* I 24/49); F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. I, Oxford, 1999 (1957), p. 316; P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, París, 1964, p. 375 y n. 140; R. Jumeau, “Un aspect significatif de l'exposé livien dans les livres XXI et XXII”, en M. Renard, R. Schilling (eds.), *Hommage à Jean Bayet*, Bruselas, 1964, pp. 309-333, 326-333; I. D'Arco, “Il sogno premonitore di Annibale e il pericolo delle Alpi”, *QS* 55.1, 2002, pp. 145-162, 147.

²² É. Foulon, “Polybe et les Celtes (I)”, *LEC* 68, 2000, pp. 319-354, y, del mismo, “Polybe et les Celtes (II)”, *LEC* 69, 2001, pp. 35-64, parte de una recopilación incompleta de los pasajes polibianos referidos a los celtíberos y de la consulta de una bibliografía tan escasa como tradicional (*Id.*, 2000, pp. 339-340, n. 90, citando únicamente a A. Schulten y P. Pédech), para concluir considerando “casi insignificante” el elemento céltico de estas gentes y, en consecuencia, excluirlas de su estudio. Muy similar resulta el proceder de Ph. Berger, “Le portrait des Celtes dans les *Histoires* de Polybe”, *AncSoc* 23, 1992, pp. 105-126, y, del mismo, “La xénophobie de Polybe”, *REA* 97.3-4, 1995, pp. 517-525, el cual ignora asimismo a los celtíberos al hablar de la visión polibiana de los pueblos célticos y funda su percepción del bárbaro celta en las *Historias* en un análisis lastrado por graves carencias metodológicas, tal como hemos denunciado en J. Pelegrín Campo, “Tradicón e innovación en la imagen polibiana del bárbaro”, *SHHA* 22, 2004, pp. 43-62, 44-45 (=Pelegrín Campo, 2004a).

mos considerar propiamente polibianas por cuanto evidencian de manera inequívoca la incorporación de las nociones Κελτίβηρες y Κελτιβηρία a los esquemas mentales del propio autor. Así, junto a una referencia a los celtíberos y su enfrentamiento con Roma que figura en la introducción general al inicio del libro III, contamos con dos alusiones a Celtiberia como realidad geográfica, una de ellas transmitida por Estrabón que situaría el nacimiento de los ríos Anas y Betis en Celtiberia, mientras que la otra, de mayor interés para nuestro estudio, figura introducida por el propio Polibio en el libro III para concretar la ubicación geográfica de Sagunto al pie de las montañas que separan Iberia y Celtiberia con vistas a situar de un modo preciso al lector en el escenario de los hechos que seguidamente pasa a narrar, esto es, el asedio y la toma de dicha ciudad por Aníbal²³. La utilización en este último pasaje de la forma verbal en tiempo presente κεῖται (“está situada”, refiriéndose a ἡ πόλις) no es sino una más de las numerosísimas ocasiones a lo largo de las *Historias* en las que, al hilo de la narración de unos determinados sucesos pretéritos acontecidos sobre unos escenarios dados y con la evidente finalidad de facilitar la comprensión de los hechos relatados, Polibio procede a localizar esos escenarios en función de marcos geográficos más amplios o lugares concretos más conocidos pero siempre identificables en el presente del propio autor²⁴. En consecuencia, podemos afirmar que la ubicación de Sagunto tiene lugar en función de referentes geográficos coetáneos de Polibio y por ello no vinculables al pasado en el que se desarrollan los hechos narrados a continuación en ese pasaje, razón por la cual queda descartado el recurso al mismo para defender la existencia de una noción de Celtiberia supuestamente contemporánea de la toma de Sagunto por Aníbal²⁵.

Asimismo contemporáneos del propio Polibio son los acontecimientos de la Guerra Celtibérica, a propósito de los cuales contamos con varias menciones del término “celtíberos” aportadas tanto por aquella parte de las *Historias* que ha llegado hasta nosotros como indirectamente por otros autores: una que figura en la *Geografía* de Estrabón en relación con la ubicación de Segesama e Intercatia entre las “ciudades

²³ Guerra de los celtíberos con Roma: Plb. III 5, 1. Nacimiento de los ríos Anas y Betis: Str. III 2, 11 (= Plb. XXXIV 9, 12). Ubicación de Sagunto: Plb. III 17, 2.

²⁴ Dichos escenarios constituyen realidades geográficas tan diversas como ríos, valles, llanuras, montañas, regiones, islas, golfos, puertos, templos y, sobre todo, como en el caso de Sagunto, ciudades –con más de una veintena de casos repartidos entre Iberia (Cartago Nova: Plb. X 10, 1) e Hircania (Hecatómiplos: X 28, 7)–, hasta el punto de que la aplicación de dicha forma verbal a Cartago a propósito de la Guerra de los Mercenarios (I 73, 4) ha dado pie a la hipótesis según la cual este episodio habría sido redactado con anterioridad a la destrucción de la ciudad en 146, A. Díaz Tejera, “Introducción”, en *Id.*, *Polibio. Historias*, vol. I.1, Madrid, 1972, p. LIII.

²⁵ Según Walbank la descripción de Sagunto procedería de la misma fuente filopúnica que el resto del pasaje, pero Koch ya apuntó la posibilidad de que la mención de Celtiberia hubiese sido formulada por el propio autor; Walbank, *Comm.* I, pp. 327-328; Koch, 1979, p. 398, n. 6. En este sentido, recientemente Ciprés ha considerado la noción polibiana de Celtiberia el resultado de la experiencia histórica y geográfica acumulada a lo largo del siglo II, mientras que Burillo ha deducido erróneamente de este pasaje una inicial concepción genérica de “celtíbero” al juzgar contemporáneas la existencia de esa Celtiberia mencionada a propósito de la ubicación de Sagunto y la conquista de la ciudad por Aníbal descrita a continuación; P. Ciprés, “Celtiberia: la creación geográfica de un espacio provincial”, *Ktèma* 18, 1993, pp. 259-291 (= Ciprés, 1993 b), 280-281; Burillo, 1998, p. 27.

de vacceos y celtíberos”; dos localizadas en los fragmentos conservados del libro XXXV a propósito de la recepción de los embajadores de varios pueblos celtíberos en el Senado; y finalmente tres transmitidas por la *Suda* haciendo referencia al modo de combatir de los celtíberos y a su guerra con Roma²⁶. Pero las alusiones polibianas a los celtíberos referidas al momento cronológico más antiguo se sitúan en una época anterior coincidente con la Guerra de Aníbal, contexto éste acerca del cual nuestro autor tuvo que informarse necesariamente recurriendo a las obras de historiadores más antiguos y en el que el término Κελτίβηρες aparece en los fragmentos conservados de las *Historias* en dos ocasiones a propósito de la derrota de los Escipiones tras ser abandonados por sus refuerzos celtibéricos —una de ellas puesto en boca de Escipión, el futuro Africano, antes de cruzar el Ebro y marchar hacia Cartago Nova, y la segunda introducido por el propio autor a propósito de las investigaciones realizadas por el mismo Escipión acerca de las causas del desastre (año 211)—; de nuevo en boca de Escipión en el discurso pronunciado tras aplastar el motín del Sucro y antes de marchar contra el rebelde Indíbil (206); y hasta seis veces para designar a las tropas que se incorporan al ejército de Asdrúbal y Sifax en África y son finalmente derrotadas en la batalla de los Grandes Llanos (203)²⁷. Resulta evidente la procedencia romana de las menciones escipiónicas, y el propio Walbank plantea la posibilidad de identificar la fuente de la que proceden los contenidos del primer discurso de Escipión con la obra de Fabio Píctor, pero el mismo erudito anglosajón sugiere que el episodio africano de los Grandes Llanos procedería de una fuente helénica²⁸. Sin embargo, en nuestra opinión el origen romano de este pasaje queda evidenciado por la presencia en el texto polibiano de las formas ἄστατοι, πρίγκιπες y τριάριοι, utilizadas respectivamente para traducir de un modo literal al griego los términos latinos *hastati*, *principes* y *triarii* que dan nombre a las diferentes líneas en las que se distribuye la infantería romana en formación de combate²⁹.

²⁶ Str. III 4, 13 (= Plb. XXXIV 9, 13). Plb. XXXV 2, 1; 4, 3. Suid., s.vv. ἴδιον, μάχαιρα, πύρινος πόλεμος; *vid.* respectivamente A. Adler, *Suidae Lexicon*, II (Δ-Θ), Stuttgart, 1967 (1931), I n° 112, p. 609, l. 27 (= Fr. 163 BW); III (K-O.Ω), 1967 (1933), M n° 302, p. 338, l. 19 (= Fr. 179 BW); IV (II-Ψ), 1971 (1935), Π n° 3.220, p. 275, l. 18 (= Plb. XXXV 1, 1). En opinión de Walbank, en este último pasaje sería polibiana únicamente la expresión πύρινος πόλεμος, F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. III, Oxford, 1999 (1979), p. 641; cf. D.S. XXXI 40, 1.

²⁷ Discurso junto al Ebro: Plb. X 6, 2. Indagaciones de Escipión: X 7, 1. Arenga previa a la campaña contra Indíbil: XI 31, 6. Grandes Llanos: XIV 7, 5, 7 y 9; 8, 7, 9 y 12.

²⁸ Sobre Fabio como fuente del discurso del Ebro: F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. II, Oxford, 1999 (1967), p. 201. La hipótesis que defiende una fuente helénica para el relato de los Grandes Llanos (Walbank, *Comm.* II, p. 425) descansa en el hecho de que en él las distancias figuran expresadas en estadios (Plb. XIV 8, 2-3; De Sanctis, 1968, p. 630) y se ve reforzada por la ausencia de testimonios explícitos que confirmen que la obra de Fabio alcanzaba hasta el final de la Guerra Anibálica (*vid. infra*, n. 34).

²⁹ Plb. XIV 8, 5: “en una palabra, Escipión, según su costumbre, dispuso en primer lugar los manípulos de los *hastati*, detrás de éstos los de los *principes*, finalmente colocó después los de los *triarii*” (ὁ μὲν οὖν Πόπλιος ἀπλῶς κατὰ τὸ παρ’ αὐτοῖς ἔθος ἔθηκε πρῶτον μὲν τὰς τῶν ἀστάτων σημαίας, ἐπὶ δὲ ταύταις τὰς τῶν πριγκίπων, τελευταίας δ’ ἐπέστησε κατόπιν τὰς τῶν τριαρίων); 11: “pero, tan pronto como cedieron las alas, (los celtíberos) fueron enseguida rodeados por los *principes* y los *triarii*, los cuales finalmente los aniquilaron a todos excepto a unos pocos” (οὐ μὲν ἄλλ’ ἅμα τῷ κλῖναι τοὺς ἀπὸ τῶν κεράτων ταχέως κυκλωθέντες ὑπὸ τῶν πριγκίπων καὶ τριαρίων αὐτοῦ κατεκόπησαν πάντες πλὴν τελέως ὀλίγων).

Ciertamente existe la posibilidad de que haya sido el propio Polibio quien, a la hora de interpretar estos tecnicismos latinos y no encontrando un equivalente helénico exacto para ellos, decidiese transcribirlos literalmente a partir de la forma recogida en sus fuentes de información latinas, tal como ha defendido Dubuisson³⁰. Pero teniendo en cuenta que esta terminología corresponde a un tipo de organización militar vigente ya desde la época de la guerra contra Pirro, que define un modelo teórico correspondiente en la práctica a la movilización general exigida por la amenaza de un *tumultus* y activada para hacer frente a las invasiones galas, y que en lo conservado de las *Historias* —el texto donde por vez primera aparece recogida en su versión griega— se concentra en una serie de pasajes muy probablemente inspirados, en mayor o menor medida pero especialmente los que transmiten las noticias más antiguas, en la obra de Fabio Píctor —el relato de la batalla de Écnomo, la campaña contra los galos ínsubres, la descripción del ejército romano y la batalla de Zama—, existe asimismo la posibilidad alternativa de que quien adaptó a su forma helénica esos términos latinos fuese un autor romano anterior que escribió en griego y al que, por todo lo apuntado hasta ahora, podríamos identificar con Fabio³¹. El razonamiento apuntado en el primer caso implicaría la consulta por parte de Polibio de una fuente romana redactada en latín; el expuesto en el segundo, la de una fuente romana redactada en griego. Polibio y Fabio coinciden en ser bilingües y en serlo, además, en relación con las mismas lenguas, griego y latín, si bien la lengua madre de cada uno es distinta, el griego en el caso del primero y el latín en el del segundo. Sobre este horizonte constatamos un doble fenómeno: por una parte, el romano Fabio Píctor redacta sus *Annales* en griego; por otra, el heleno Polibio redacta sus *Historias* también en griego, pero en ellas transcribe de manera literal a partir de su correspondiente forma latina los términos ἄστατοι, πρίγκιπες y τριάριοι a lo largo de una serie de pasajes cuya fuente de información podría identificarse con la obra de Fabio. Si nos proponemos indagar acerca de la relación existente entre cada uno de estos autores y la aparición de dichos términos, interesa en este punto distinguir entre las nociones lingüísticas de *interferencia* y *préstamo* en el marco del fenómeno conocido como bilingüismo: la primera consiste en la identificación de dos unidades lingüísticas pertenecientes a dos lenguas diferentes por parte de un hablante de esas lenguas que considera equivalentes dichas unidades, lo que implica la transferencia de características semánticas o gramaticales de una de ellas a la otra; cuando posteriormente se integra en el sistema lingüístico de llegada hasta el punto de ser adoptada por hablantes monolingües, la interferen-

³⁰ M. Dubuisson, *Le latin de Polybe. Les implications historiques d'un cas de bilinguisme*, París, 1985, pp. 21 (s.v. ἄστατοι), 41 (s.v. πρίγκιπες) y 52 (s.v. τριάριοι); *vid.* asimismo 55-59, esp. 55-57, así como 277; *Id.*, “La vision polybienne de Rome”, en H. Verdin, G. Schepens, E. De Keyser (eds.), *Purposes of History. Studies in Greek Historiography from the 4th to the 2nd Centuries B.C.*, Lovaina, 1990, pp. 233-243, 237-239. El término latino *hastati* se halla documentado ya ca. 202 en Plauto (*Cist.* 287 y 293) y algo más tarde en Ennio (*Ann.* VIII 281).

³¹ Écnomo: Plb. I 26-28. Campaña contra los ínsubres: II 33, 4. Descripción del ejército romano: VI 21 y ss. Zama: XV 9, 6-9. Sobre la identificación del origen de estas informaciones con la obra de Fabio Píctor, *vid.* respectivamente Walbank, *Comm.* I, 83 y 85-86; 27 y 184 y ss.; 702; II, 454.

cia se convierte en préstamo³². La aparición de ἄστατοι, πρίγκιπες y τριάριοι en las *Historias* supondría así una interferencia de acuerdo con la hipótesis según la cual habría sido el mismo Polibio quien dotó de forma helénica a las nociones latinas definidas por los términos *hastati*, *principes* y *triarii*. Pero si lo que Polibio hizo fue limitarse a adoptar estos términos en su forma helénica tal como los pudo encontrar en los *Annales* de Fabio, el autor griego habría convertido en préstamo la interferencia introducida previamente por el romano³³.

Por todo ello, si en nuestra indagación sobre el origen del término “celtíberos” debemos buscar una fuente redactada en lengua griega –pues la forma más antigua de aquél es la helénica Κελτίβηρες, de la que deriva la latina *Celtiberi*–, elaborada desde un punto de vista filorromano –dado que los autores filopúnicos no habrían utilizado dicho vocablo–, que hubiese incluido entre sus contenidos la narración de la Segunda Guerra Púnica –momento histórico en el que entran en escena las gentes así denominadas– y que con seguridad hubiese sido utilizada por Polibio en la elaboración de sus *Historias* hasta el punto de contagiarle determinados elementos del vocabulario –tal como sugiere lo apuntado a propósito de los términos ἄστατοι, πρίγκιπες y τριάριοι–, todas estas condiciones se cumplen en el caso de la obra de Fabio Píctor. Ciertamente, no contamos con la certeza absoluta de que ésta alcanzase hasta el final de la Guerra Anibálica –la fecha más reciente en la que sabemos de la actividad de su autor lo sitúa en 216/215, informando ante el Senado a su regreso del viaje a Delfos–, pero dado que Polibio concede a Fabio perspectiva suficiente como para elaborar una reflexión acerca de las causas de la guerra y que los autores antiguos que aluden a su actividad literaria lo presentan en todo momento como contemporáneo de dicho conflicto, tampoco hay motivo alguno para suponer necesariamente que dicha actividad quedase truncada cuando el conflicto todavía no había finalizado³⁴. No obstante, junto a los argumentos puramente filológicos

³² Dubuisson, 1985, pp. 121-135; *Id.*, “Le contact linguistique gréco-latin: problèmes d’interférences et d’emprunts”, *Lalies* 10, 1992, pp. 91-109, 96-98 y 101-106. Este autor recuerda que la interferencia constituye un hecho fluctuante y personal, mientras que el préstamo se revela persistente y colectivo: retomando la distinción de Saussure, “la interferencia es un *fait de parole* y el préstamo un *fait de langue*”, Dubuisson, 1985, p. 132.

³³ Hemos desarrollado este razonamiento en J. Pelegrín Campo, “Celtíberos en África. En torno a un episodio de la Segunda Guerra Púnica”, en F. Beltrán Lloris (eds.), [*Antigua Iuniora: estudios en torno al Mediterráneo en la Antigüedad*], Zaragoza, 2004, pp. 173-188 (=Pelegrín Campo, 2004b). Dubuisson llega a afirmar que el griego escrito por autores romanos, “como los *Annales* de Fabio Píctor”, “estaba sin lugar a dudas plagado de latinismos” (Dubuisson, 1985, p. 265), pero se detiene en este punto y, en lugar de plantear la posible identificación de determinados préstamos de Polibio como interferencias presentes ya en Fabio, rehúye explícitamente la cuestión del responsable de tales interferencias por considerarla “secundaria para la comprensión del fenómeno” y “no pertinente” a la hora de juzgar la importancia de la influencia romana sobre la mentalidad del autor heleno (*ibid.*, p. 146).

³⁴ Causas de la Guerra de Aníbal según Fabio: Plb. III 8. Contemporáneo de dicho conflicto: Plb. III 9, 4 (κατὰ τοὺς καιροὺς ὁ γράφων γέγονε); Liv. XXII 7, 4 (*aequalem temporibus huiusce belli ... auctorem*); D.H. I 6, 2 (ἀμφότεροι κατὰ τοὺς Φοινικικοὺς ἀκμάσαντες πολέμους). Entre las hipótesis más recientes, el silencio de nuestras fuentes ha impulsado a Chassignet a situar la redacción de la obra entre poco después de 216 y 209 como muy tarde –ya fuese porque Fabio quisiera destacar con ella la capacidad de reacción de Roma o celebrar una serie de éxitos que evidenciaban un cambio favorable en la evolución del conflicto–, mientras que Oakley prefiere darla hacia el año 200, una vez terminada la guerra; M. Chassignet, *L’annalistique romaine, I. Les Annales des Pontifes et l’annalistique ancienne (fragments)*, París, 1996, pp. LVI-LVIII; S. P. Oakley, *A Commentary on Livy. Books VI-X, vol. I: Book VI*, Oxford, 1997, p. 22.

interesa especialmente examinar el contexto histórico en el que nace dicho etnónimo y su relación no sólo con Fabio Píctor sino también con la realidad a la que este autor se habría referido con él.

Aunque con anterioridad a la Guerra de Aníbal diversos autores helénicos habían señalado la presencia de Κελτοί sobre el territorio que conocían como Ἰβηρία, sin duda fueron los propios romanos que durante este conflicto habían tratado directamente con los grupos de combatientes más tarde denominados celtíberos por las fuentes quienes reconocieron en ellos un rasgo o conjunto de rasgos –fuese la apariencia física, la indumentaria, las armas, el modo de combatir o tal vez la lengua– que en esa misma época, a finales del siglo III, Fabio Píctor identificaba como característicos de otras gentes a las que sus contemporáneos denominaban en griego Κελτοί³⁵. Al intentar identificar aquellos rasgos compartidos por los Κελτοί de la Céltica y los Κελτοί de Iberia que habrían impulsado a los romanos a asociar a estos últimos con los primeros, el escaso interés mostrado por el mundo clásico hacia los lenguajes de los pueblos considerados bárbaros debería, cuando menos, matizar la defensa de una hipotética percepción de semejanzas por parte de aquéllos entre las lenguas habladas por unos y otros, criterio a menudo convertido en argumento fundamental y casi exclusivo a la hora de dar entidad a una realidad humana recién descubierta en perjuicio de otros tales como la percepción de los componentes externos de una indumentaria característica entendidos en el contexto bélico que preside el contacto³⁶. Recuérdese en este sentido cómo *arma* y *signa* constituyen los elementos visibles de identificación que permiten a los lacetanos reconocer a distancia a sus vecinos suessetanos cuando éstos marchan contra la ciudad de aquéllos como aliados de Catón en su campaña hispana de 195³⁷. Por ello resulta interesante recordar cómo, si por una parte Polibio describe a los Κελτοί que en 225 combaten en primera línea en Telamón “ataviados con brazaletes y collares de oro”, por otra Livio

³⁵ Sobre la presencia de Κελτοί en la Península Ibérica según las fuentes más antiguas, *vid.* Koch, 1979, pp. 389 y ss.; Burillo, 1998, pp. 19-21 y 24-25. En opinión de Ciprés, “los antiguos griegos debieron de reconocer la presencia de un componente étnica y/o culturalmente celta perceptible, posiblemente la lengua y las costumbres, en las gentes del interior peninsular”, P. Ciprés, “El impacto de los celtas en la Península Ibérica según Estrabón”, en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 1999, pp. 121-151, 138-139.

³⁶ Sobre el escaso interés de griegos y romanos por las lenguas habladas por otros pueblos, *vid.* M. Lejeune, “La curiosité linguistique dans l’Antiquité classique”, en *Conférences de l’Institut de Linguistique de l’Université de Paris* 8, 1940-1948, pp. 45-61, 51; M. Dubuisson, “Recherches sur la terminologie antique du bilinguisme”, *RPh* 57, 1983, pp. 203-225; B. Rochette, “Grecs et Latins face aux langues étrangères. Contribution à l’étude de la diversité linguistique dans l’antiquité classique”, *RBPh* 73.1, 1995, pp. 5-16; Th. Harrison, “Herodotus’ Conception of Foreign Languages”, *Histos* 2, 1998: <http://www.dur.ac.uk/Classics/histos/1998/harrison.html#n>.

³⁷ Liv. XXXIV 20, 6. En relación con este episodio compartimos la hipótesis formulada recientemente por F. Beltrán a partir de una revisión de las fuentes literarias y según la cual el protagonismo reclamado por Fatás para los iacetanos debe ser atribuido a los lacetanos (cf. Plu., *Cat.* 11; Frontin. III 10, 1); F. Beltrán Lloris, “Hacia un replanteamiento del mapa cultural y étnico del norte de Aragón”, en F. Villar, M.ª P. Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania (VIII CLCP)*, Salamanca, 2001, pp. 61-88, 70-71, frente a G. Fatás, “Hispania entre Catón y Graco (Algunas precisiones basadas en las fuentes)”, *HAnt* 5, 1975, pp. 269-313, 270-278.

recuerda que “torques de oro y brazaletes en gran número” constituían los *spolia Gallica* obtenidos en Hispania una década más tarde por Cneo Escipión tras derrotar a los *Galli* que poco antes habían sido reclutados por Magón igualmente sobre suelo peninsular³⁸. El relato polibiano de la batalla de Telamón deriva muy probablemente de Fabio Píctor, el cual, a la hora de conceptualizar, designar y describir la nueva realidad representada por los celtas de Iberia en el marco definido por la redacción de su obra, en tanto que político, soldado e historiador romano se habría visto condicionado necesariamente por su propia experiencia no sólo como narrador de las invasiones galas que habían assolado Italia desde los inicios del siglo IV, sino también como participante directo en la defensa de su patria contra la más reciente de todas ellas, la que había tenido lugar en 225³⁹. A la vez, teniendo en cuenta que el pasaje referido a los hispanos reclutados por Magón constituye la única ocasión en la que Livio alude a la presencia de *Galli* en Hispania ya que los hispanoceltas que participan en la Guerra de Aníbal aparecen en la obra del autor latino bajo la denominación *Celtiberi*, y que, en consecuencia, el término *Galli* podría no ser sino la traducción literal del heleno Κελτοί que habría figurado en la fuente griega a la que en última instancia se remontaría la noticia transmitida por Livio, a la hora de designar a este grupo concreto de hispanoceltas que combaten a sueldo de Cartago en Iberia contra Roma, el empleo de *Galli* en lugar de *Celtiberi* como resultado de la dependencia de una fuente helénica en la que no habría figurado Κελτίβηρες sino Κελτοί podría contribuir a identificar dicha fuente con la obra de uno de los autores griegos filopúnicos que escribieron sobre este conflicto, concretamente Sileno de Cale Acte, cuyas informaciones, como hemos apuntado con anterioridad, habrían llegado hasta Livio a través de Celio Antípater⁴⁰.

³⁸ Plb. II 29, 8: χρυσοῖς μανιάκαις καὶ περιχέιροις ἦσαν κατακεκοσμημένοι; cf. 31, 5. Liv. XXIV 42, 7-8: *aurei torques armillaeque, magnus numerus*. Desde la obtención en 361 del título *Torquatus* por Tito Manlio al derrotar a un gallo en combate singular y arrebatarle el torques (Liv. VI 42, 6; VII 10, 11; cf. *Per.* VII 7), las mismas fórmulas *spolia Gallica* y *aurei torques* son utilizadas por el autor latino para designar el botín proporcionado por las victorias romanas sobre los galos invasores de Italia (VII 15, 8; 24, 9), los pueblos célticos cisalpinos (XXIII 14, 4; XXIV 21, 9; XXXIII 23, 4; 36, 13; XXXVI 40, 11-12) y los gálatas establecidos en Anatolia (XXXIX 7, 2); *vid.* Marco Simón, 1990, p. 131; *Id.*, “El torques como símbolo”, en *Torques. Belleza y poder. Catálogo de la Exposición del M.A.N.*, Madrid, 2002, pp. 69-79. Sobre las semejanzas existentes en el campo de batalla entre los celtas de Hispania y los demás, *vid.* el apartado titulado “Sobre ruido y otros gestos. La estética bélica y su significación”, en G. Sopena, *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza, 1995, pp. 97-109.

³⁹ Eutr. III 5; Oros. IV 13, 6. La historiografía moderna se muestra unánime a la hora de identificar la obra de Fabio como fuente del excursus polibiano acerca de las invasiones galas de Italia (Plb. II 17-35): J. Wolski, “La prise de Rome par les Celtes et la formation de l’annalistique romaine”, *Historia* 5, 1956, pp. 24-52, 29 y ss.; Walbank, *Comm.* I, pp. 184 y ss.; Pédech, 1964, pp. 481 y 483-484; D. Musti, “Polibio e la storiografia romana arcaica”, en *Polybe*, Fondation Hardt, Vandœuvres-Ginebra, 1974, pp. 105-143, 134-135; I. Wernicke, *Die Kelten in Italien*, Stuttgart, 1991, p. 32; Kremer, 1994, p. 78. En general sobre este autor *vid.* los trabajos clásicos de H. Peter, *Historicorum Romanorum reliquiae*, vol. I, Stuttgart, 1993 (1914), vol. I, pp. LXIX-C; Momigliano, 1966; y D. Timpe, “Fabius Pictor und die Anfänge der römischen Historiographie”, *ANRW* I 2, 1972, pp. 928-969, a los que necesariamente debe añadirse el reciente estudio incluido en la edición de Chassignet, 1996, pp. LIV-LXXIII.

⁴⁰ Liv. XXIV 42, 6-8. En opinión de Capalvo, los nombres de los dos *reguli Gallorum* citados en este pasaje —que en los manuscritos conservados figuran, como recuerda este autor, bajo las formas *Moenia coepta* y

Comprobamos así cómo, enfrentadas a realidades geográficamente alejadas entre sí como son los celtas de la Céltica alpina y transalpina y los celtas de Iberia respectivamente, dos tradiciones historiográficas diferentes, la romana primitiva redactada en griego y la griega filopúnica, coinciden no sólo en caracterizarlas exteriormente en términos idénticos y en función de una misma indumentaria característica –los torques y brazaletes de oro–, sino muy posiblemente también en designarlas mediante un mismo apelativo, Κελτοί, el cual remitiría bajo esta misma forma a Fabio en la descripción de Telamón transmitida por Polibio, y, reflejado en su traducción latina *Galli*, a la fuente original helénica de la que en última instancia dependería Livio⁴¹. Pero cuando, obligada por los acontecimientos históricos a ampliar su perspectiva en términos geográficos, esa historiografía romana que hasta entonces no conocía otros celtas que los invasores de Italia contempla por vez primera la realidad definida por los celtas de Iberia, a sus ojos dicha realidad experimenta un proceso de singularización –y, por ello, de diferenciación– respecto de la definida por los otros celtas conocidos por los romanos que desemboca en la designación de esos celtas de Iberia en adelante ya no como Κελτοί sino como Κελτίβηρες y, a partir de este término griego, como *Celtiberi* en latín. Semejante transformación puede ser explicada considerando que, en el marco proporcionado por la obra histórica que un autor latino redacta en lengua griega y en tanto que, literalmente, “Κελτοί de Ἰβηρία”, con la introducción del término Κελτίβηρες Fabio Píctor se habría propuesto dar nombre a ciertos grupos peninsulares englobados por las fuentes helénicas bajo la denominación genérica Κελτοί y caracterizados por esa misma época con determinados rasgos célticos por los romanos que habían entrado en contacto con ellos durante la Segunda Guerra Púnica, para así distinguirlos respecto de aquellas otras gentes, mucho más próximas tanto geográfica como mentalmente, que a los ojos del propio Fabio y de todos sus compatriotas representaban lo que expresado en lengua griega serían los Κελτοί por excelencia, esto es, los galos invasores de Italia, con quienes los romanos habían combatido durante casi dos siglos, desde la época del saqueo de la *Vrbs* hasta pocos años antes del esta-

Menia cepta, Vismaro y Cuius Maro– deberían ser interpretados no tanto como antropónimos célticos, tal como hizo Albertos, sino más bien como la traducción latina de la versión helénica que de los nombres originales habría figurado en la fuente griega a la que, en última instancia, se remontaría la noticia de Livio, Capalvo, 1996, pp. 132-133; cf. M.^a L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1966, pp. 158-159 y 253. A la vista de las expresiones *Galli plerique milites, spolia Gallica y reguli Gallorum*, Koch se limita a considerar que “la calidad de la fuente (romana) de Livio apenas es puesta en duda”, sin percatarse de que es éste el único pasaje en el que Livio habla de *Galli* en la Península Ibérica, ni plantearse tampoco la posibilidad de que dicha fuente haya podido depender a su vez de otra redactada en griego, Koch, 1979, p. 397 y n. 5.

⁴¹ A lo largo del episodio de Telamón (II 27-31), Polibio designa en todo momento a los invasores celtas con el término Κελτοί –reservado en las *Historias* exclusivamente a los celtas de Occidente– a excepción de ciertos pasajes en los que utiliza Γαλάται para referirse en términos genéricos a las armas (30, 3 y 8) y los adornos (31, 5) de estas gentes. En lo conservado de la obra de Livio, el autor latino siempre se refiere a los celtas con el término *Galli*, a excepción de un único pasaje en el que utiliza *Celae* para designar a los habitantes del *Celticum*, la región de la Galia desde la que partió la primera invasión gálica de Italia (V 34, 1-2: *Prisco Tarquinio Romae regnante, Celtarum quae pars Galliae tertia est penes Bituriges summa imperii fuit; ii regem Celtico dabant*), razón por la cual los autores modernos lo relacionan con Caes. I 1, 1; vid. R. M. Ogilvie, *A Commentary on Livy. Books 1-5*, Oxford, 1984 (1965), p. 707.

llido de la Guerra Anibálica⁴². Llegado el momento de dar nombre a una realidad novedosa en la que, sin embargo, se advierten semejanzas con una segunda mucho más conocida por su proximidad y trascendencia en la historia de Roma y en el imaginario de sus gentes, para Fabio Píctor habría resultado fundamental, por un lado, evidenciar la semejanza existente entre ambas en un plano que permitía englobarlas bajo la denominación Κελτοί para, de este modo, contar con un punto de referencia conocido respecto del cual definir a la cronológicamente más reciente –y geográficamente más alejada–; y, por otro lado, distinguir entre una realidad y otra mediante la incorporación, como segundo elemento de un etnónimo compuesto, de un determinante geográfico que remitiese a Ἰβηρία para ubicar a esos Κελτοί en el espacio donde los romanos habían entrado en contacto con ellos, dado que éste no coincidía con el de aquellos otros Κελτοί que Roma había identificado tradicionalmente con quienes en griego eran designados como tales. En buena medida lo que habría hecho Fabio Píctor es caracterizar esa nueva realidad de un modo que permitía integrarla en un marco conceptual compartido ya en ese momento por romanos y griegos, para lo cual nuestro autor habría recurrido a un sistema de referencias comunes a ambos grupos con vistas a definir tanto las semejanzas que aproximaban esa realidad a otras ya conocidas previamente, como las diferencias que la distanciaban de ellas⁴³. De ahí que, a diferencia de las voces ἄστατοι, πρίγκιπες y τριάριοι a las que antes aludíamos, y a la vista de las informaciones disponibles, en tanto que combinación de los términos griegos Κελτοί e Ἰβηρία el vocablo Κελτίβηρες no constituya la traslación helénica de un término latino preexistente, sino un neologismo helénico original creado, en nuestra opinión, por el romano Fabio Píctor y posteriormente generalizado con éxito hasta el punto de ser adoptado y transmitido por el griego Polibio. De hecho, dado el origen helénico del término, en términos lingüísticos la interferencia estaría representada por la forma latina *Celtiberi* –transcripción literal, insistimos, que no traducción, del griego Κελτίβηρες–, paradójicamente introducida como tal interferencia y a la vez convertida en préstamo por el mismo autor, pues si por un lado Fabio Píctor concibe la noción Κελτίβηρες y la plasma en griego en tanto que Κελτοί de Ἰβηρία, simultáneamente sin duda habría latinizado dicha designación bajo la forma *Celtiberi* cuando menos en el marco de su propia concepción mental romana y en la formulación latina tanto oral como escrita de la misma⁴⁴.

⁴² Hemos desarrollado esta hipótesis en *Celtíberos y Celtiberia. Del estereotipo de barbarie a la realidad de la frontera*, (en prensa), estudio basado en nuestra Tesis Doctoral *Barbarie y frontera. Roma y el Valle Medio del Ebro durante los siglos III-I a.C.*, Zaragoza, 2003 (editada en CD-Rom por la Universidad de Zaragoza).

⁴³ Cf. en este sentido el proceder de la etnografía antigua tal como fue analizado por E. J. Bickerman, “*Origines Gentium*”, *CPh* 47, 1952, pp. 65-81 (reimpr. en *Id.*, *Religions and Politics in the Hellenistic and Roman Periods*, Como, 1985, pp. 401-417).

⁴⁴ En cuanto a la existencia de una versión latina de los *Annales* de Fabio, Momigliano considera que éstos fueron redactados originalmente en griego y que de su posterior traducción latina procederían los pasajes mencionados por Aulo Gelio (V 4) y Quintiliano (*Inst.* I 6, 12), Momigliano, 1964, 57; *vid.* asimismo Capalvo, 1996, pp. 21-22, y Chassignet, 1996, LXI-LXII. Algunos autores han atribuido dicha traducción al propio Fabio (F. Branchini, “*Note su Fabio Pittore*”, *Athenaeum* 39, 1961, pp. 358-361), pero no falta quien defiende la hipótesis según la cual la obra de Fabio habría sido redactada originalmente en latín y traducida posteriormente al griego (F. M. D’Ippolito, “*Fabio Pittore rivisitato*”, *A&R* 43.3-4, 1998, pp. 142-155).

Este doble proceso de identificación y diferenciación que representa la designación como “celtíberos” de los celtas de Iberia sobre la base de la imagen romana de los celtas de Italia se habría visto favorecido por la percepción que de los primeros habían adquirido los romanos durante la Segunda Guerra Púnica. De hecho, con un motivo como el del galo invasor, tan arraigado en el imaginario colectivo romano en general y tan próximo a los conceptos y realidades a los que se enfrenta Fabio Píctor en su doble trayectoria político-militar y literaria, viene a coincidir en buena medida la presentación de los celtíberos durante dicho conflicto, pues las gentes así denominadas no aparecen en las fuentes bajo la forma de sociedades autóctonas entendidas en toda la extensión del término —esto es, como una agrupación de hombres, mujeres y niños que conviven en una comunidad económica y de domicilio, por utilizar la definición ya citada con la que Untermann se refería a los portadores de un mismo etnónimo—, sino como compañías armadas que combaten por cuenta ajena y desde una posición subordinada, generalmente enfrentadas a Roma por hallarse al servicio de sus enemigos, y ajenas al escenario geográfico sobre el que se desarrollan los acontecimientos en los que intervienen⁴⁵.

En este sentido se impone la necesidad de denunciar la estrecha vinculación que, desde una perspectiva u otra, los autores modernos han establecido entre los celtíberos protagonistas de los sucesos narrados y el contexto geográfico en el que aquéllos aparecen en cada caso. Así, si por un lado Schulten juzgó falsa la primera referencia a la actividad de estas gentes sobre suelo peninsular al considerar que la distancia existente en una fecha tan temprana como 217 entre la esfera de acción romana y las áreas del Alto Jalón y el Duero en las que él mismo situaba los dominios de los celtíberos hacía imposible una alianza de estas gentes con Cneo Escipión tal como la describe Livio —el cual menciona el envío de embajadores y la entrega de rehenes por parte de los indígenas—, por otro Gómez Fraile ha afirmado recientemente que la denominación “celtíberos” recae sucesivamente sobre diferentes poblaciones célticas del interior peninsular en función de su intervención como enemigos de Roma a lo largo de la Segunda Guerra Púnica y de la posterior conquista romana de la Península Ibérica⁴⁶. En realidad ambas posturas resultan igualmente extremas: para Schulten, todos los escenarios peninsulares donde las

⁴⁵ Sobre la imagen romana del bárbaro celta, *vid.* Ch. Peyre, “Tite-Live et la “férocité” gauloise”, *REL* 48, 1970, pp. 277-296; H. D. Rankin, *Celts and the Classical World*, Londres-Sydney, 1987, pp. 103-152; F. Marco Simón, “*Feritas Celtica*: imagen y realidad del bárbaro clásico”, en E. Falque, F. Gascó (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Sevilla, 1993, pp. 141-166, 148-162; Kremer, 1994, pp. 17-263; M. Jantz, *Das Fremdenbild in der Literatur der Römischen Republik und der Augusteischen Zeit. Vorstellungen und Sichtweisen am Beispiel von Hispanien und Gallien*, Francfort del Meno, 1995, pp. 196-233; J. Webster, “Ethnographic barbarity: colonial discourse and ‘Celtic warrior societies’”, en J. Webster, N. J. Cooper (eds.), *Roman Imperialism: Post-Colonial Perspectives*, Leicester, 1996, pp. 111-123, 114-123.

⁴⁶ Liv. XXII 21, 6-8; 22, 4. A. Schulten, *F.H.A. III: Las guerras de 237-154 a. de J.C.*, Barcelona, 1935, pp. 68-69; J. M.^º Gómez Fraile, “Carpetanos y celtíberos. Algunas precisiones sobre el marco etnográfico del interior de la Península Ibérica”, en L. Hernández Guerra, L. Sagredo, J. M.^º Solana (eds.), *La Península Ibérica hace 2000 años. Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, 2001, pp. 133-138 (= 2001 a), 134-135 y n. 6; *Id.*, *Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro*, Alcalá de Henares, 2001 (= 2001 b), p. 59.

fuentes clásicas sitúan a los celtíberos deben ser ubicados necesariamente en torno al Sistema Ibérico; para Gómez Fraile, todos los escenarios peninsulares donde las fuentes clásicas sitúan a los celtíberos coinciden con territorios habitados por grupos célticos que son así denominados únicamente por tratarse de enemigos de Roma⁴⁷. Ninguno de ellos contempla la posibilidad alternativa de que, durante buena parte del período a lo largo del cual las fuentes localizan los hechos de armas protagonizados por los celtíberos, las tropas así denominadas hayan estado integradas no por habitantes de los espacios sobre los que aparecen combatiendo, sino por soldados alóctonos que llegan hasta allí procedentes de otras regiones peninsulares para luchar como mercenarios al servicio de los poderes enfrentados sobre estos escenarios. Es más: recientemente Gómez Fraile ha cuestionado la dedicación al mercenariado por parte de los celtíberos sobre la base, por un lado, de lo que juzga como carácter marginal y escasa relevancia de las informaciones proporcionadas por las fuentes literarias, y, por otro, del rechazo de los argumentos con los que la historiografía tradicional explicaba dicho fenómeno –pobreza económica, excedentes demográficos, desequilibrios territoriales⁴⁸. Sin embargo, frente a esta interpretación, a la hora de analizar la actividad de los celtíberos como mercenarios conviene tener en cuenta tres cuestiones fundamentales: la existencia comprobada de un elevado número de episodios documentados al respecto en los textos clásicos; la necesidad de no confundir la crítica de determinadas hipótesis, formuladas en un intento de explicar un fenómeno dado, con la negación de la existencia misma de ese fenómeno; y, finalmente, la conveniencia de rastrear dicha actividad no en Celtiberia –pues, ciertamente, nadie es mercenario en su tierra– sino en aquellas otras regiones donde encontramos a los celtíberos combatiendo al servicio de poderes ajenos⁴⁹.

De hecho, si la historicidad de la alianza entre celtíberos y romanos documentada en la más antigua alusión de las fuentes a la actividad de los primeros en la Península Ibérica parece ciertamente improbable, mucho más verosímil resulta lo que bien pudo limitarse a un primer contacto de los romanos con determinados grupos de combatientes indígenas que entraron a su servicio a cambio de una sol-

⁴⁷ En opinión de Gómez Fraile, “las gentes o los sectores designados como celtíberos lo son en cuanto la conquista va afectando sus pertinentes espacios”, y posteriormente “no volverán a ser designados de este modo, sino que dicha designación remitirá a un ámbito geográfico ya más o menos configurado”, todo lo cual vendría a demostrar que el término “celtíberos” se habría aplicado “a sectores hispanos rebeldes como un cajón sin fondo utilizado por los autores clásicos para designar de forma genérica a los hostiles indígenas peninsulares de los ámbitos más o menos interiores que aparecen fuera del control romano”, J. M.^a Gómez Fraile, “Celtiberia en las fuentes grecolatinas: replanteamiento conceptual de un paradigma obsoleto”, *Polis* 8, 1996, pp. 143-206, 153, n. 20; 190-192 y 200.

⁴⁸ J. M.^a Gómez Fraile, “Mercenariado y bandolerismo en Celtiberia. Dos cuestiones desenfocadas”, en F. Burillo (coord.), *IV Simposio sobre celtíberos. Economía*, Zaragoza, 1999, pp. 503-509; *Id.*, 2001 b, pp. 175-181.

⁴⁹ No en vano los griegos designaron tradicionalmente a los mercenarios no sólo con el término *μισθοφόροι*, esto es, “asalariados”, sino también con el de *ξένοι*, literalmente “extranjeros”, pues por definición los mercenarios son extranjeros allí donde combaten; *vid.* É. Foulon, “Μισθοφόροι et ξένοι hellénistiques”, *REG* 108.1, 1995, pp. 211-218; J. Pelegrín Campo, “La representación de los mercenarios en las *Historias* de Polibio”, *Veleia* 17, 2000, pp. 61-77, 62-64.

dada para luchar contra sus enemigos cartagineses. Sobre todo teniendo en cuenta que, cuando Livio vuelva a referirse a la actividad de los celtíberos en la Península, lo hará para anunciar el reclutamiento de veinte mil de ellos como combatientes a sueldo por parte de los Escipiones al inicio de la que será su última campaña (año 211) y para registrar este hecho —el más importante (*memorable*) entre los acontecidos durante aquel año en Hispania según el autor latino— como la primera vez que Roma recurrió a los servicios de tropas mercenarias, precisando además que su incorporación tuvo lugar a cambio de la misma soldada por la que antes habían militado en el lado cartaginés⁵⁰. Precisamente como mercenarios a sueldo de Cartago aparecerán los celtíberos en las fuentes literarias durante los años restantes de la Guerra de Aníbal: reclutados por Asdrúbal antes de su partida hacia Italia y con él hasta el desastre de Metauro según Apiano —el cual llega a afirmar que los romanos enviaron allí a sus propios aliados celtíberos para intentar atraerse a los que combatían al lado de Aníbal—⁵¹; reclutados por Hannón en Celtiberia en ese mismo año 207 para posteriormente enfrentarse a Marco Silano, legado de Escipión⁵²; y reclutados muy posiblemente por agentes púnicos que actuaban en Iberia todavía en 203, para ser enviados a África y sucumbir frente al mismo Escipión en los Grandes Llanos⁵³. Y como mercenarios continúan siendo presentados en esas mismas fuentes durante los primeros años de la conquista romana de la Península, ahora al servicio de otras poblaciones peninsulares. Ya en 206, con anterioridad a la derrota de los púnicos en Hispania, los celtíberos habían marchado en dos ocasiones junto a Indíbil y Mandonio contra los aliados suessetanos y sedetanos de Roma —la primera presentados bajo la designación explícita *iuventus Celtiberorum*, y la segunda en tanto que “las tropas auxiliares con las que habían contado

⁵⁰ Liv. XXIV 49, 7-8. El hecho de que en su incursión sobre los dominios púnicos, impulsada por Cneo Escipión los celtíberos no actúen al lado de un ejército romano explicaría que Livio haya datado el primer caso de utilización de mercenarios por parte de Roma no en ese momento, sino varios años más tarde, precisamente cuando la campaña emprendida a continuación evidenciará la presencia física de celtíberos junto al ejército romano y a las órdenes de los Escipiones (Liv. XXV 32, 3), un fenómeno que nunca antes había tenido lugar y que, por ello, habría llamado especialmente la atención del autor latino.

⁵¹ Reclutados por Asdrúbal: App., *Hisp.* 24 y 28. Tras Metauro: App., *Hann.* 53. Anteriormente con Aníbal: App., *Hann.* 4 y 30 (cf. Liv. XXIV 49, 8). Ya antes Livio se había referido en dos ocasiones a la presencia de celtíberos junto a Aníbal en Italia —mediante una alusión a *Celtiberia* en la arena del Bárcida previa a Tesino (XXI 43, 8) y otra a los *Celtiberi* que sigue a Trebia (57, 5)—, pero detalles tales como la proximidad existente entre ellas, el tono retórico del discurso de Aníbal y la asociación en ambos casos de celtíberos y lusitanos —gentes todas ellas nunca mencionadas por este autor entre las tropas púnicas en Italia, pero que más tarde se convertirían en los más poderosos antagonistas hispanos de Roma—, unidos al hecho de que sea Κελτίβηρες la única denominación con la que Apiano se refiere a los combatientes hispanos del ejército púnico en Italia, sugieren que ambos autores se habrían alineado en este punto con una tradición analítica de época tardía —tal vez Claudio Cuadrigario o Valerio Anciate— que, a su vez, pudo introducir tales noticias sobre los celtíberos al proyectar hacia el pasado la imagen estereotipada elaborada a raíz de sus guerras con Roma a lo largo del siglo II.

⁵² Liv. XXVIII 1-2. cf. App., *Hisp.* 31; Zonar. IX 8.

⁵³ Plb. XIV 7-8; Liv. XXX 7-8. Agentes púnicos en Iberia capturados por los saguntinos: Liv. XXX 21, 3-5. Sobre la utilización del relato polibiano por parte de Livio, *vid.* Walsh, 1970, p. 125, n. 6. El campo de batalla (Plb. XIV 7, 9: Μεγάλα πεδία. Liv. XXX 8, 3: *Magni campi*) ha sido identificado con la llanura tunecina de Souk el Kremis, a orillas del río Medjerda (antiguo Bagradas) por Walbank, *Comm.* II, p. 432.

anteriormente" Indíbil y Mandonio⁵⁴–, y posteriormente otras informaciones los presentan como tropas que, procedentes de regiones ajenas a los territorios sobre los que hacen su aparición, combaten sin embargo junto a los habitantes de estas áreas cuando hasta ellas llega el avance conquistador romano, trátase de las gentes de Ilturgi o de los turdetanos en 195, de los vacceos y vetones que combaten junto a *Toletum* en 193, o de los habitantes de las ciudades de Uthicna en 182, Ebura y Contrebia en 181, y Certima y Alce en 179⁵⁵. Esta situación se explica teniendo en cuenta el avance militar romano y el consiguiente choque con entidades políticas indígenas que afrontan la agresión reforzando sus propios ejércitos mediante la incorporación de mercenarios procedentes de regiones peninsulares todavía no afectadas por la acción de Roma. Pero otra consecuencia de ese avance militar es el progresivo acercamiento de las campañas romanas a los dominios de los celtíberos, de manera que cuando en 188-187 estas gentes aparezcan devastando el territorio de los aliados de Roma hasta ser finalmente derrotadas por Manlio Acidino cerca de Calagurris, ésta será la primera ocasión en la que, por una parte, los celtíberos actúen de manera explícita por propia iniciativa y ya no en una posición subordinada al lado de otros protagonistas de los acontecimientos, y, por otra, se plantee la posibilidad de someter al dominio de Roma a unas gentes que hasta el momento habían ido apareciendo únicamente como participantes en conflictos cuyo desenlace desfavorable no implicaba para ellos la automática sumisión ante el adversario sino únicamente la propia derrota militar, posibilidad aquélla frustrada en este caso por la llegada del sucesor de Manlio Acidino y el consiguiente relevo de los pretores⁵⁶.

De hecho, será con motivo de las campañas de Q. Fulvio Flaco y Ti. Sempronio Graco emprendidas durante los años 181-179 cuando por fin las armas romanas penetren en Celtiberia hasta someter al dominio romano a sus habitantes, los cuales, conocidos hasta el momento únicamente como integrantes de ejércitos ajenos a las regiones sobre las que aparecían combatiendo, en adelante serán identificados como los naturales del país, miembros de las sociedades indígenas que ocupan dichos territorios y que, en calidad de entidades políticas autónomas, se erigen en

⁵⁴ Liv. XXVIII 24, 3-4 (*iuventute Celtiberorum excita*); 31, 6-7 (*contractisque quae ante habuerant auxiliis*). En otro lugar hemos planteado la posibilidad de identificar con estos combatientes, derrotados y perdonados por Escipión al norte del Ebro (Liv. XXVIII 33-34), a los celtíberos que tres años más tarde se ven obligados a vencer o morir en los Grandes Llanos frente al mismo Escipión al haber correspondido a su anterior clemencia (Liv. XXX 8, 8: *bene meritum de se et gente sua ... euenissent*) de un modo injusto y traicionero (Plb. XIV 8, 10: *ἀδίκως ... καὶ παρασπόνδως*) con la deslealtad (Plb. XIV 8, 9: *ἀθεσία*) que supone combatir contra Roma al servicio de sus enemigos púnicos; *vid.* Pelegrín Campo, 2004 b.

⁵⁵ En Ilturgi: Liv. XXXIV 10, 1-6. Con los turdetanos: Liv. XXXIV 17, 2 y 4; 19, 1. Con vacceos y vetones junto a *Toletum*: Liv. XXXV 7, 7-8. Uthicna: Liv. XL 16, 8-10. Ebura: Liv. XL 30, 1-4. Contrebia: Liv. XL 33, 1-8. Certima: Liv. XL 47, 2-4 y 9. Alce: Liv. XL 48, 1. Noticias como la derrota de Sempronio Tuditano en 197 (Liv. XXXIII 25, 8-9, en relación con *Per.* XXXIII 5) o los triunfos celebrados en 184 (Liv. XXXIX 42, 3-4) se limitan a mencionar los enfrentamientos de los diferentes pretores con los celtíberos sin que de ellas podamos deducir los términos en los que tiene lugar la intervención de estos últimos.

⁵⁶ Liv. XXXIX 21, 6-10 (*et nisi successor aduentus suo inhiuisset impetum uictoris, subacti Celtiberi forent. noui praetores ambo in hiberna exercitus deduxerunt*).

interlocutores de Roma al organizar en un primer momento la defensa de los mismos frente al invasor y posteriormente, tras la derrota, participar en la regulación del nuevo orden ajustándose a los términos dictados por el vencedor⁵⁷. Dado el carácter más directo y completo de la relación que en adelante Roma establece con ellos, a partir de ahora asistimos a un conocimiento más detallado de las gentes designadas desde tiempo atrás mediante el etnónimo “celtíberos”, si bien debido a la propia pacificación del territorio llevada a cabo por Graco habrán de transcurrir veinte años hasta que las fuentes literarias vuelvan a centrar su atención sobre los celtíberos con motivo de la cuestión de Segeda. La narración de los hechos muestra cómo el contacto directo con la realidad global –dotada de entidad política, social, económica y cultural– de lo que hasta el momento era designado por las fuentes mediante la denominación “celtíberos”, y ya no exclusivamente con una sola de sus manifestaciones –esto es, en tanto que tropas mercenarias–, se refleja en la ampliación de la nomenclatura etnómica utilizada para designar a estas gentes desde la denominación exógena y global de “celtíberos” hasta una serie de denominaciones endógenas y particulares referidas a un horizonte lo mismo étnico que politano, de manera que denominaciones tales como “segedenses” o “numantinos”, aplicables en exclusiva a los habitantes de sendas ciudades, resultan englobadas dentro de los etnónimos “belos” y “arévacos” respectivamente, y éstos a su vez, lo mismo que el de “titos”, se integran por igual en la designación global “celtíberos”⁵⁸. Y aunque esta última constituye una denominación concebida y aplicada desde el primer momento a grupos de combatientes hispanos muy concretos identificados por Roma en unos términos muy definidos, posteriormente, una vez “descubierto” el grupo humano en el que aquéllos se sitúan dentro del contexto geográfico y político que les corresponde en el marco indígena peninsular, la irrupción en las fuentes de los nombres con los que los diferentes grupos que la integran se designan a sí mismos no desplazará, a los ojos de los autores clásicos, la denominación exógena original, sino que la convierte en el marco de referencia en el que se sitúan, a menudo explícitamente, las nuevas denominaciones⁵⁹. Es más: cuando

⁵⁷ Tras asediar la ciudad de Contrebia, Fulvio Flaco marchó a saquear Celtiberia hasta someter a la mayor parte de los celtíberos (Liv. XL 33, 9), y posteriormente todavía emprende una nueva campaña contra “el territorio más alejado de Celtiberia” aprovechando la tardanza de su sucesor Sempronio Graco (39, 1), el cual, nada más llegar a su provincia, “condujo las legiones a Celtiberia” (40, 15), para al año siguiente plantearse alcanzar “la parte más alejada de Celtiberia” (47, 1), marchar al frente de las legiones a devastar Celtiberia (49, 1), obtener la rendición de numerosas ciudades celtibéricas y culminar la conquista de Celtiberia con una doble victoria junto al *mons Chaunus* que le aseguró la sumisión de los celtíberos (50, 5); *vid. asimismo App., Hisp.* 43.

⁵⁸ Para Apiano Segeda era una ciudad “de los celtíberos denominados belos” (*Hisp.* 44: Σεγήδη πόλις ἐστὶ Κελτιβήρων τῶν Βελλῶν λεγομένων), y los vacceos “otro pueblo de los celtíberos” (51: Οὐακκαίους, ἕτερον γένος Κελτιβήρων), mientras que arévacos y lusones constituyen algunas de las “partes” en las que Estrabón dividía a los celtíberos (Str. III 4, 13: αὐτῶν τε τῶν Κελτιβήρων εἰς τέτταρα μέρη διηρημένων ... οἱ Ἀρουάκοι εἰσὶ ... οἱ Λούσωνες εἰσὶ ...; cf. la interpretación alternativa propuesta por Capalvo, 1996, pp. 47-49 y 55-59).

⁵⁹ De igual modo, la afirmación y generalización de “Celtiberia” como denominación del territorio habitado por los celtíberos contrasta con la ausencia de menciones explícitas a las áreas habitadas por los belos, titos o arévacos en tanto que supuestas “Belia”, “Titia” o “Arevacia” respectivamente. En la misma

finalmente Roma consiga someter a estas gentes y sus legiones prosigan hacia nuevos horizontes dentro de la Península, el etnónimo “celtíberos” no será olvidado ni pasará a designar a otros habitantes de la *Hispania* todavía *libera* dedicados, como ellos con anterioridad, al mercenariado, sino que restará en exclusiva como la denominación de quienes hasta ese momento han sido conocidos como tales por los romanos, en un principio como mercenarios propios o ajenos actuando en ámbitos alejados de Celtiberia, más tarde como habitantes de las regiones sobre las que avanza la conquista romana cuando ésta llega hasta ellas, y en adelante como súbditos del poder de Roma, ya sea como aliados o como rebeldes sublevados contra él⁶⁰.

Por todo ello, más allá de la imagen estereotipada del celtíbero como bárbaro belicoso, las fuentes clásicas revelan una realidad, el mercenariado, cuya valoración en los términos adecuados a la hora de explicar el “descubrimiento” de los celtíberos fuera de Celtiberia y de plantear su identificación con los que posteriormente encontramos en la región así denominada hace innecesario tanto el recurso por parte de la historiografía más tradicional a supuestas invasiones celtibéricas orientadas hacia el sur y el levante peninsulares, como la posterior atribución de un significado genérico al etnónimo “celtíberos” durante un indefinido período inicial de la historia del término, e incluso la construcción de hipótesis tan recientes como las que defienden la existencia de una Celtiberia meridional en el sur peninsular o adjudican el etnónimo “celtíberos” a todos los hispanoceltas enfrentados con Roma en el transcurso de la conquista de la Península Ibérica por la *Vrbs*⁶¹. Tal como acertadamente ha señalado Ciprés, “la identidad de los celtíberos como grupo proviene, por un lado, de las circunstancias históricas que acompañan el descubrimiento del Occidente europeo, de sus tierras y sus habitantes, así como de la necesidad de introducir un orden dentro de él que facilite su conocimiento, y, por otro, de las relaciones

línea apunta la posterior transformación del etnónimo *Celtiberi* en designación de una unidad de reclutamiento del ejército romano (*cohors Celtiberorum*) e incluso en antropónimo (*Celtiber*, *Celtibera*, *Celtiberus*); *vid.* los recientes trabajos de A. Jiménez Furundarena, “Historia y prosopografía de la *Cohors I Celtiberorum*”, *HAnt* 26, 2002, pp. 99-120, y A. Pérez Almoguera, “El elemento militar de origen celtíbero y la aristocracia municipal de Aeso (Isona, Lleida) a través de la epigrafía”, en A. Morillo (ed.), *Arqueología militar romana en Hispania (Gladius, Anejos 5)*, Madrid, 2002, pp. 519-527.

⁶⁰ Como aliados de Roma aparecen los celtíberos frente a Viriato hacia 147/146 (belos y titos en App., *Hisp.* 63 y 66), rechazando la invasión cimbria en 104/103 (Liv., *Per.* LXVII), con Marco Mario en 102 (App., *Hisp.* 100) y envueltos en las sucesivas guerras civiles romanas –al lado de Sertorio en Hispania (App., *BC I* 108 y 112) y enviados a Italia contra Sila para finalmente unirse a él (App., *BC I* 89); entre las clientelas pompeyanas a partir de 49 (Caes., *BC I* 38, 3; App., *BC II* 87 y 103; D.S. XLV 10, 1; Flor. II 13, 87)–; y enfrentados a ella en las rebeliones de Termeso y Colenda (App., *Hisp.* 99), en el caso de los asentados por Marco Mario que más tarde se dedican al bandolerismo (App., *Hisp.* 100) y en la rebelión de Belgada (*ibid.*).

⁶¹ Hipótesis invasionistas: J. M.^a Blázquez, “La expansión celtibérica en Carpetania, Bética y Levante y sus causas (ss. III-II a.C.)”, *Celticum* 3, 1962, pp. 409-428. Significado genérico: Koch, 1979, pp. 388-401; Burillo, 1998, pp. 25-26 y 63-64. Celtiberia meridional en el sur peninsular: Á. Capalvo, “Historia y leyenda de la Celtiberia ulterior”, en A. Rodero, M. Barril (eds.), *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la península ibérica*, Madrid, 1994, vol. II, pp. 63-75; *Id.*, 1996, pp. 107-123 y 125-141; Gómez Fraile, 2001 a, p. 136 y n. 18. Sucesivos enemigos hispanoceltas de Roma: Gómez Fraile, 1996, pp. 153, n. 20; 190-192 y 200; *Id.*, 2001 a, *passim*.

sociales en las que éste se realiza, es decir, de la relación que el mundo indígena mantiene con Roma como consecuencia de la conquista”: así, “la aparición de los conceptos de Celtiberia y celtíberos parece ser el resultado de un proceso de creación de espacios y de definición de etnias destinado a estructurar aquella parte de la ecúmene que se está descubriendo y conquistando. Si bien surgen de la realidad existente, su identidad descansa no sólo en los rasgos lingüísticos, culturales o étnicos, sino también en su historia. En aquélla que nos es desconocida porque apenas nos ha llegado información, pero también en aquélla que los historiadores greco-latinos recrean una y otra vez, la de su lucha contra Roma, representada en su belicosidad y resistencia”⁶².

⁶² Ciprés, 1993 b, pp. 290-291; *Ead.*, 1999, p. 151.